

De Voltaire a Balmes

**La reconstrucción
de la biblioteca de
José Manuel Groot
(1800-1878)**



COLECCIÓN  ACADEMIA

De Voltaire a Balmes

La reconstrucción de la biblioteca de José Manuel Groot (1800-1878)

Javier Ricardo Ardila



Centro Editorial
Facultad de Ciencias Humanas
Sede Bogotá



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Bogotá, D. C.

2023

Ardila Gutiérrez, Javier Ricardo.

De Voltaire a Balmes. Reconstrucción de la biblioteca de José Manuel Groot (1800-1878) / Javier Ricardo Ardila Gutiérrez. / Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH ; Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia Sede Bogotá, 2023.

344 páginas ; 14 figuras ; 9 tablas , 17 X 24 cm. – (Colección Academia).

ISBN Impreso: 978-628-7512-50-4

ISBN Electrónico: 978-628-7512-54-2

ISBN epub: 978-628-7512-45-0

Nota: Incluye tabla de contenido, índices de figuras y tablas y bibliografía.

Bibliotecas Particulares / 2. Bibliotecas e intelectuales / 3. Colecciones privadas / 4. Catálogos de bibliotecas-Consolidación de información. / 5. Groot José Manuel, 1800-1878-Biografías. / 6. Groot José Manuel, 1800-1878-Catálogos. / I. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH. / II. Universidad Nacional de Colombia Sede Bogotá. Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas.

027.108 SCDD 20

Catalogación en la fuente; Biblioteca Especializada – Alicia Dussán de Reichel.

.....
De Voltaire a Balmes. La reconstrucción de la biblioteca de José Manuel Groot (1800-1878)

Colección Academia

Primera edición, 2023

ISBN (IMPRESO): 978-628-7512-50-4

ISBN (ELECTRÓNICO): 978-628-7512-54-2

ISBN (EPUB): 978-628-7512-45-0

© Javier Ricardo Ardila

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH

Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Alhena Caicedo Fernández · Directora general

Juan Felipe Hoyos · Coordinador de Investigación

Laura Paloma Leguizamón · Subdirectora de Investigación y Producción Científica (E)

Mabel Paola López Jerez · Líder del Área Funcional de Publicaciones

Andrés Felipe Urrego Salas · Coordinador editorial

Bibiana Castro Ramírez · Correctora de estilo

María Libia Rubiano Marulanda · Diagramadora

Calle 12 n.º 2-41

Teléfonos: (601) 4440544, ext. IIII

Bogotá, D. C., Colombia

www.icanh.gov.co

Comité editorial de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia

Carlos Guillermo Páramo Bonilla · Decano

Víctor Raúl Viviescas · Vicedecano Académico

Alejandra Jaramillo Morales · Vicedecana de Investigación y Extensión

Véronique Claudine Flori Bellanger · Representante de las Revistas Académicas

Laura de la Rosa Solano · Directora del CES

María Inés Barreto Romero · Representante de la Unidades Académicas Básicas

Diseño original de la Colección

Academia · Diego Quintero

Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas

Jineth Ardila Ariza · Directora del Centro Editorial

Catalina Arias Fernández · Coordinadora editorial

Michael Steven Cárdenas Ramírez · Coordinador gráfico

editorial_fch@unal.edu.co

www.humanas.unal.edu.co

IMPRESIÓN: DGP EDITORES

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Contenido

ÍNDICE DE FIGURAS

10

ÍNDICE DE TABLAS

11

NOTA PRELIMINAR

13

AGRADECIMIENTOS

15

PREFACIO

17

INTRODUCCIÓN

21

PRIMERA PARTE

Biblioteca intelectual

BIBLIOTECA Y VIDA DE JOSÉ MANUEL GROOT

Páginas procelosas en la vida de un
incrédulo. El regreso a la fe

47

Los libros del pintor:
la *expresión* de las bellas artes

57

Los libros del maestro: polémica por
la enseñanza para señoritas

68

Groot y su faceta inédita de librero

72

Los libros del literato:
inspiración para las letras

79

Compilación de leyes, tratados
y otros libros del político

83

Libros como arma de batalla: la batería
bibliográfica del polemista

86

Una biblioteca privada de utilidad pública

96

SEGUNDA PARTE

Catálogo de índole intelectual

**EL CATÁLOGO DE LA BIBLIOTECA DE JOSÉ MANUEL
GROOT Y DE CÓMO SE CREÓ ESTA FUENTE PRIMARIA**

Libros y documentos en un repositorio
familiar: la Biblioteca Rivas Sacconi

110

El archivo de José Manuel Groot

122

Archivo de la Segunda Casa de Educación
para alumnos pensionistas

125

La bibliografía personal de José Manuel Groot

126

Consideraciones finales

130

EL FONDO JOSÉ MANUEL GROOT

El fondo

138

Un punto de contraste: adquisiciones y donaciones
a la Biblioteca Nacional, 1846-1875

142

Un catálogo intelectual de los libros de Groot

150

CATÁLOGO DE LA BIBLIOTECA DE JOSÉ
MANUEL GROOT (1800-1878)

Introducción

159

Abreviaturas

162

Catálogo

165

Apéndice.
Referencias no identificadas

261

Índice de materias

262

Índice alfabético de títulos

266

Índice de fechas de impresión

276

Índice de lugares de impresión

279

Anexos

ANEXO A.

Epistolario de José Manuel Groot, 1832-1878

Cartas de Groot, 1850-1878

285

Cartas a Groot, 1832-1877

301

ANEXO B.

Documentos sobre mortuorias

Documento 1. Inventario de bienes de José Manuel Groot

306

Documento 2. Causas mortuorias y testamentos de 1880

310

ANEXO C.

**Árbol genealógico de José Manuel Groot.
Con énfasis en los propietarios de su
biblioteca (ca. 1723-2022)**

322

BIBLIOGRAFÍA

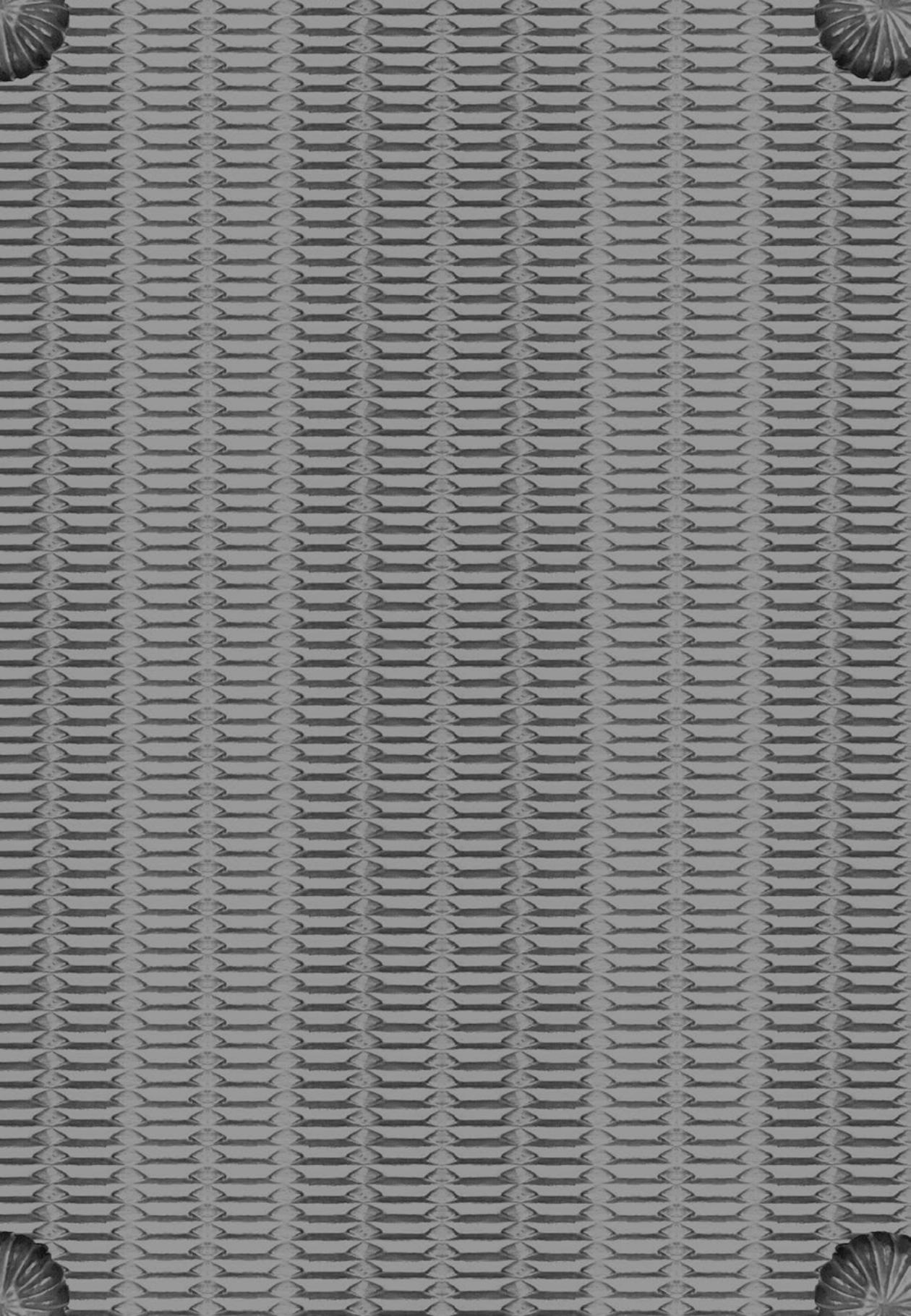
323

Índice de figuras

Figura 1	Felipe Santiago Gutiérrez, José Manuel Groot	25
Figura 2	Exlibris y nota de adquisición de José Manuel Groot	55
Figura 3	José Manuel Groot, retrato de Justo Castro y Arcaya (frente)	59
Figura 4	José Manuel Groot, retrato de Justo Castro y Arcaya (reverso)	59
Figura 5	Teodoro de Almeida, <i>El hombre feliz</i> (lámina 21)	61
Figura 6	Teodoro de Almeida, <i>El hombre feliz</i> (lámina 23)	62
Figura 7	José Manuel Groot, <i>Jesuita</i> [¿padre Gil?]	67
Figura 8	José Manuel Groot, <i>Jesuita</i> [¿padre García?]	67
Figura 9	Exlibris de José Manuel Groot, libro 2664	77
Figura 10	Exlibris de José Manuel Groot, libro 2716	78
Figura 11	<i>Biblia vulgata latina</i> , ejemplar de propiedad de José Manuel Groot	96
Figura 12	Biblioteca de José Manuel Groot en la Biblioteca Rivas Sacconi	139
Figura 13	José M. Groot, historiador y publicista colombiano	155
Figura 14	Árbol genealógico de José Manuel Groot con énfasis en los propietarios de su biblioteca (ca. 1723-2020)	322s

Índice de tablas

Tabla 1	Bibliotecas de hombres de letras colombianos del siglo XIX conservadas en la Biblioteca Nacional de Colombia	27
Tabla 2	Libros más vendidos en la librería de José Manuel Groot, febrero-agosto de 1843	75
Tabla 3	Fuentes del catálogo intelectual de la biblioteca de José Manuel Groot	109
Tabla 4	Algunas anotaciones marginales intertextuales estampadas por José Manuel Groot en su ejemplar de la <i>Biblia vulgata latina</i>	118
Tabla 5	Resumen de la composición de la biblioteca de José Manuel Groot	129
Tabla 6	Biblioteca de José Manuel Groot. Composición por materias según clasificación de la Biblioteca Nacional de Colombia	151
Tabla 7	Biblioteca de José Manuel Groot. Fechas de nacimiento de los autores y de pie de imprenta	152
Tabla 8	Biblioteca de José Manuel Groot. Idiomas de los ejemplares	153
Tabla 9	Biblioteca de José Manuel Groot. Lugar de nacimiento de los autores	153





Nota preliminar

INICIALMENTE, LA PRESENTE INVESTIGACIÓN SE PLANEÓ en forma de artículo, siguiendo una antigua tradición francesa que exhorta al profesor a acompañar al estudiante en la preparación de su primera producción publicable (Thuillier 733). En el Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, José Antonio Amaya fue director de la tesis de maestría de Javier Ricardo Ardila Gutiérrez, “Libro en mano. José Manuel Groot visto desde la óptica de su biblioteca intelectual, 1800-1878”. Durante el proceso de formación se aplicó la metodología del trabajo en compañía. El profesor se dispuso a construir junto al estudiante y, en el camino, se propició el aprendizaje mutuo. Ambas partes ganaron en el intercambio, y con ellas la universidad y el saber.

Durante la enseñanza solidaria, el historiador en formación fue invitado al *taller del profesor*, quien puso a disposición su espacio de trabajo, los ejemplares de su biblioteca y, fundamentalmente, su escucha atenta. En asesorías de un día completo a la semana, por más de un semestre, se habló de la construcción del objeto de investigación y de la investigación como objeto. No solo se sugirieron y discutieron lecturas, sino que se compartió un saber práctico que permitió problematizar, diseñar y moldear la investigación. Las múltiples versiones de este estudio —leídas, revisadas, editadas y discutidas en compañía— confirman que el trabajo en ciencias sociales produce objetos culturales perfectibles indefinidamente. En este contexto, la enseñanza de historia profesional se define entonces como un oficio en el que el maestro acompaña al alumno en *un hacer* y en *un saber* fundado en el hacer, pero primordialmente comunica los modos de *saber hacer*.



Este libro es testimonio de la relación de confianza mutua entre un profesor y un estudiante en el seno de la universidad. Ambas partes aceptaron el desafío de ver en la tesis no solo un dispositivo para ampliar las fronteras del saber, sino un medio para construir ciudadanía y formar gentes de cultura. El autor de este libro tuvo el privilegio de coincidir con el profesor Amaya, quien como *rara avis* en un entorno cada vez más individualista asumió el reto de educar a historiadoras e historiadores en la confianza, la generosidad y la solidaridad. Gracias a su trabajo, hoy se fortalece una red de investigadores que adelantan estudios sobre la historia de la ciencia, la cultura y los saberes en el país. Este grupo sostiene un diálogo permanente y brinda soporte a sus integrantes en medio de circunstancias adversas.

La habilitación y el incremento de esta práctica pedagógica en las universidades colombianas puede ser útil en una época como la presente, signada por insuficiencias cada vez más ostensibles en la formación filosófica y literaria —por no mencionar la profunda soledad— de los estudiantes. Ahora se cuenta para contribuir a su diseminación y aprovechamiento.



Agradecimientos

ESTA INVESTIGACIÓN NO HABRÍA LLEGADO A puerto sin la disposición, ayuda y acompañamiento de numerosas personas y entidades. En primer lugar, agradezco al profesor José Antonio Amaya, porque siempre fue una voz dispuesta al diálogo; porque su método me enseñó que la precisión solo se alcanza con mesura; porque con seriedad y transparencia me demostró que la formación universitaria no es simplemente esculpir el conocimiento, sino el alma. En fin, porque mucho más que un tutor fue un maestro, un mentor y un amigo. En segundo lugar, al profesor Francisco Ortega Martínez, quien alentó la investigación desde sus inicios con acertados comentarios y sugerencias; pero, fundamentalmente, por su confianza a lo largo de varios años de trabajo en los que me ha brindado las más valiosas enseñanzas. A la Universidad Nacional de Colombia por la financiación de mis estudios de maestría gracias a la exención de pago de matrícula y, especialmente, por propiciar el encuentro entre profesores investigadores y estudiantes en un espacio de fructífera discusión intelectual.

A Fernando Paláu Rivas-Sacconi, José María Paláu y Gonzalo Paláu Rivas-Sacconi, custodios de la Biblioteca Rivas Sacconi, quienes me abrieron las puertas de su casa, su biblioteca y su pasado familiar. A Sergio Mejía Macía, quien me introdujo generosamente en la familia Paláu Rivas. Al señor Jaime Restrepo Zapata, compañía gentil y dadivosa durante largas horas de investigación en la Biblioteca Rivas Sacconi.

Al Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), que depositó un voto de confianza en el proyecto: el programa de Estímulos a la Investigación, en su vigencia 2019, fundamenta los presentes resultados.



Al doctor Guillermo Sosa Abella, quien como tutor ante el ICANH acompañó e incentivó la investigación. A Mabel Paola López Jerez, Andrés Felipe Urrego Salas, Bibiana Castro Ramírez y Nicolás Jiménez Ariza del Área de Publicaciones, por su acompañamiento en el proceso editorial.

A Gloria Amparo y Jairo Eustorgio, mis padres, por sembrar en mi alma el amor por los libros desde que era muy niño. A Andrea Valentina, Diana Marcela y Juan David, mis hermanos, a quienes leí en voz alta los pasajes más problemáticos de esta investigación. Gracias a su escucha atenta y comentarios pude expresar con claridad lo complejo, hasta donde me fue posible. A Estrella de los Ríos, porque entre literatura, recetas y conversaciones me invitó a clavar el mundo en el anzuelo de la crítica, para lanzarlo a pescar en el océano de la reflexión. A Óscar Zabala y Diana Carolina Monroy, quienes generosamente leyeron las versiones preliminares del manuscrito y acompañaron su lectura con acertados comentarios. A *monsieur* Michel Lille, quien en innumerables conversaciones de sobremesa me brindó su escucha inteligente y las opiniones más oportunas. Al profesor Gilberto Loaiza Cano, lector agudo y comentarista certero. A los colegas del Grupo de Investigación en Historia: Cultura, Escritura y Saberes (Grihces), por su confianza y compañía. Finalmente, a familiares y amigos que con cariño e interés escucharon mis reflexiones sobre la antigua biblioteca de un aristócrata bogotano.



Prefacio

Lo que se ha descuidado con respecto a los músculos, puede repararse más tarde: pero la fuerza intrínseca de comprensión solo se adquiere en aquellos años decisivos de la formación de la personalidad; y solo el que tempranamente aprendió a tender su alma con amplitud, logra más tarde contener en sí al mundo entero.

Stefan Zweig, *El mundo de ayer* (75-76)

EL 3 DE DICIEMBRE DE 2019 la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OECD, por sus siglas en inglés) publicó el informe de las pruebas del Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos 2018 (PISA, por sus siglas en inglés). El documento presentó los resultados de exámenes en competencias de lectura, matemáticas y ciencias aplicados a 600 000 estudiantes en 79 países¹, entre ellos Colombia, que se ubicó en el puesto 58. Los resultados muestran una leve mejora del desempeño de los estudiantes colombianos, evaluados por primera vez en 2006; aun así, los promedios se mantienen entre los niveles medio-bajos en el ámbito regional y entre los bajos en el internacional².

1 Además de estas, el examen incluyó encuestas sobre el entorno familiar, económico, social y cultural; los espacios habitacionales; la calidad de la educación; los recursos operacionales y humanos; las actividades curriculares; el desarrollo del proceso de enseñanza, y el interés y motivación del estudiante, entre otros (OECD 28).

2 La OECD realiza las pruebas PISA desde el año 2000. En 2006 Colombia obtuvo 385 puntos en lectura, 370 en matemáticas y 388 en ciencias; en 2018, 412, 391 y 413, respectivamente (OECD 285). No está de más recordar que el promedio de los países



Las cifras son alarmantes, en especial si se considera que los índices de lectura y alfabetización están relacionados con el desarrollo y la superación de la pobreza, como ha sido expuesto por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (Naciones Unidas y Cepal 27-30; Naciones Unidas y PNUD 19). Desde 2015 los países miembros de la ONU adoptaron la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible (SDP, por sus siglas en inglés), un programa que plantea 17 objetivos que merecen atención por todos los Gobiernos del mundo. Entre ellos, la educación de calidad ocupa el cuarto puesto en importancia. Desde el Gobierno de Colombia se han abanderado campañas para fortalecer los hábitos de lectura, como el Plan Nacional de Lectura y Escritura “Leer es mi cuento” (2010-2018) (Ministerio de Cultura de Colombia). En mayo de 2018, el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) publicó los resultados de la primera Encuesta Nacional de Lectura (Enlec) 2017 con resultados alentadores; según la entidad, el promedio de libros leídos por la población lectora nacional mayor de 5 años es de 5,1 libros por año (con algunas variaciones a nivel regional) frente a los 4,2 libros identificados en 2014 (Cámara Colombiana del Libro 71). Sin embargo, el análisis histórico de los informes muestra un sostenido nivel bajo de comprensión de la lectura entre los colombianos, ratificado por las pruebas PISA 2018 (OECD 285). En este sentido, resulta irrelevante un aumento en la cantidad de libros leídos si la comprensión lectora disminuye³. La tendencia es sintomática en el contexto regional. El último informe de la ONU sobre desarrollo sostenible afirma que al menos el 36 % de los niños latinoamericanos no ha alcanzado el nivel mínimo en competencia de lectura (Naciones Unidas 30).

Si el acceso al conocimiento es un problema de primera índole e importancia mayúscula en las agendas políticas contemporáneas, no es un tema desconocido por la historia y la historiografía. En los años 1980 Henri-Jean Martin demostró en *Histoire et pouvoirs de l'écrit* que el

miembros de la OECD —de la cual Colombia es miembro desde el 27 de abril de 2020— es de 487 puntos en lectura, 489 en matemáticas y 489 en ciencias.

- 3 Los resultados de las pruebas de lectura en PISA 2015 establecieron un promedio de 425 puntos para Colombia. En este sentido, si bien los colombianos aumentaron un libro en promedio su lectura entre 2014 y 2017, en un periodo de tiempo simultáneo su capacidad lectora se redujo en 13 puntos (OECD 285). Ante esta situación, no dejan de ser pertinentes las palabras de Antonio Basanta cuando señala que “leer mucho no es lo importante. Lo importante es leer bien. De lo segundo, sí puede derivar lo primero. De lo primero, sobre todo si es forzado o errático, no tiene por qué surgir lo segundo” (Basanta 181).



monopolio sobre la escritura y la lectura es una constante en la historia. El control de los elementos letrados ha tenido, históricamente, incidencia directa sobre el acceso y el ejercicio del poder político, económico y social (Martin 13). Los medios escritos —tanto impresos como manuscritos— propician el acercamiento al conocimiento y a otras herramientas que inciden directamente en las formas de interacción social. Los escritos han sido fundamentales tanto para los grupos disidentes como para los dominantes, y a través de su uso, control y restricción se han generado tácticas de oposición o se han consolidado formas de control estructuradas (Wolf 3-8). Por este motivo, el problema del acceso al conocimiento supera el nivel de la alfabetización y compete directamente a las relaciones de poder en la sociedad.

La historiografía ha demostrado que el libro —objeto privilegiado de la cultura letrada— es tanto un “fermento de la historia” como “una fuerza” de ella (Frebvre y Martin 265). En ambos casos, es objeto cultural y mercancía, lo que pone sobre la mesa las posibilidades materiales y los esfuerzos por su adquisición (Cavallo y Chartier 18-20). Se puede reconocer que el mundo del libro se polariza entre el autor y el lector, pero entre ellos se yergue una gran cantidad de actores públicos y privados que condicionan y permiten su interacción (Darnton, *Censores trabajando* 5-7). En esta constelación de actores y agentes, la adquisición de libros va más allá del gusto y se convierte en un movimiento estratégico que puede ser determinante ante situaciones de conflicto (Darnton, *Edición y subversión* 12-13). Así, las colecciones son elocuentes para entender las acciones de los sujetos (propietarios de las colecciones) y de los colectivos (grupos sociales en los que interactúan) dentro de las sociedades a las que pertenecen (Mornet 450).

Durante el siglo XIX colombiano, una época de transformaciones políticas y sociales derivadas de la fundación y construcción del sistema republicano, los libros y la educación fueron una dupla necesaria para establecer los fundamentos de la comunidad política (Hensel Riveros; Cardona Zuluaga, *La nación de papel*; Pita Pico). Por este camino se conformaron bibliotecas públicas y privadas. Estos artefactos complejos se convirtieron en fuentes de conocimiento y de poder para proponer diferentes proyectos políticos con incidencia directa en el destino de lo público. Entre los propietarios se encuentra José Manuel Groot (1800-1878), un pintor y maestro sin educación formal que, gracias al uso efectivo de los ejemplares de su biblioteca personal, logró constituirse como uno de los escritores católicos más importantes de su tiempo. Esta investigación demuestra que la lectura, los libros y las bibliotecas fueron determinantes



para que escritores e intelectuales adquirieran la *distinción* suficiente para proponer y defender efectivamente proyectos de organización de la sociedad. Estas herramientas del control de la información y el conocimiento —aun sus mutaciones— son vigentes y efectivas en nuestros días.

La comparación del pasado con el presente genera reticencia por los riesgos del anacronismo. Sin embargo, vernos en los espejos del tiempo es una oportunidad para percibir en la historia un laboratorio de los mundos posibles. La preocupación por una ciudadanía extensa con acceso limitado o deficiente a la lectura es a la vez la inquietud por un pueblo inerte ante contingencias políticas, sociales, económicas y naturales como las actuales. La construcción de *hábitos mentales* sofisticados en el pueblo no es un problema que deba interesar únicamente al Gobierno, las élites intelectuales o los círculos académicos. Es un compromiso ético compartido por el conjunto de la sociedad para la creación de una ciudadanía ilustrada que pueda sostener y perpetuar los deberes y derechos en un sistema político representativo.



Introducción

[...] here is an extensive bibliography on how to describe a book, but there is no literature whatever on how to describe a library or a library catalogue. A private library is part of its owner's biography: the known facts of his life may help in the understanding of his choice of books. But the converse may also be true: his choice of books may add to the understanding of the known facts of his life – and for this purpose a purely statistical analysis of the contents of his library is inadequate.⁴

Thomas Anthony Birrell, cit. en Myers y Harris,
Property of a Gentleman (116-118)

EL LUNES 25 DE DICIEMBRE DE 1866, día de su cumpleaños, José Manuel Groot Urquinaona (1800-1878) recibió una carta sin felicidades. Con ella, Manuel Ancízar (1812-1882) le devolvió un libro, cuyo título omitió, aunque no el autor: “Nicolas”. Una cita transcrita por el remitente en su carta —“Al combatir la obra de *Monsieur* Renan, dice el autor, no considero tanto la obra misma como la incredulidad contemporánea de que es fruto reconocido” (Manuel Ancízar, [Carta a José Manuel Groot],

4 “Hay una extensa bibliografía sobre cómo describir un libro, mas aún no hay literatura sobre como describir una biblioteca o un catálogo de biblioteca. Una biblioteca privada es parte de la biografía de su propietario: los hechos conocidos de su vida pueden ayudar en el entendimiento de su elección de libros. Pero la operación inversa también puede ser cierta: su elección de libros puede añadir al entendimiento de los hechos conocidos de su vida — y con este propósito, es inadecuado un análisis netamente estadístico de los contenidos de su biblioteca”. Traducción propia.



Bogotá, 25 de diciembre de 1866. BRS, JMG, carpeta 0-5, documento 5, f. 2 r.)—⁵ permite la identificación: *La divinidad de Jesucristo* de Auguste Nicolas (1807-1888), en traducción de José de Vicente Caravantes (1820-1880), de reciente publicación para entonces (Madrid: 1864, II; México: 1865, VII). En la misma carta, Ancízar celebró, sin citarla, una obra de Groot como “mas al alcance de la generalidad de los lectores” y también como “el mejor contra-libro que pueda ofrecerse a nuestros paisanos”, comparándola con la citada de Nicolas. Se refería sin duda a la *Refutación analítica del libro de Mr. Ernesto Renan* (Bogotá, 1865), en cuyo prólogo Groot declaró haber leído *Vie de Jésus* de Ernest Renan (1823-1892) (París: Michel Lévy Frères, 1863)⁶.

Con su respuesta del 29 de diciembre de 1866, Groot le remitió a Ancízar, *motu proprio*, los *Estudios filosóficos* del mismo Nicolas (Barcelona, 1854), y lo incitó a leerlos “despacio, sin que le incomode la idea de retardo” (José Manuel Groot, [Carta a Manuel Ancízar], Bogotá, 29 de diciembre [de 1866]. UNAL-AH, CMAB, caja 4, carpeta 5, f. 6 v.). Al momento del préstamo, Ancízar contaba con la experiencia de haber servido en varios gobiernos radicales⁷, mientras que Groot militaba en la

5 Se conservan la ortografía, la acentuación y la puntuación de los documentos originales. Las abreviaturas se desarrollan en cursivas reducidas a un punto. Todas las cursivas restantes, así como los subrayados y versalitas, corresponden a los documentos originales, a menos que se indique lo contrario.

6 De la lectura de la *Refutación analítica* se desprende que su autor leyó la obra de Renan cuando era prohibida. Ya en 1855, Groot había obtenido licencia del arzobispo Antonio Herrán (1797-1868) para leer la *Colección escogida de los escritos del Excmo. Sr. D. Juan Donoso Cortés* en dos tomos (Madrid, 1848), como consta en una inscripción de su puño y letra estampada en el ejemplar de su propiedad: “El Señor Herrán dijo que sabía que Donoso había errado de Joven i que podía leerla, 1 de Mayo de 1855” (BRS, libro 3110, guarda posterior). La obra de Donoso no figura en el *Índice* de 1844, lo que sugiere el carácter puntilloso de Groot, quien, como puede verse, tenía acceso a literatura censurada. Los arzobispos metropolitanos y los obispos o sus vicarios quedaron facultados para otorgar las licencias correspondientes tras la abolición del Tribunal de la Inquisición por la República de la Nueva Granada el 17 de septiembre de 1821 (“Se declara haber reasumido los reverendos arzobispos, reverendos obispos o sus vicarios, la jurisdicción eclesiástica y puramente espiritual de que les había privado el establecimiento de la Inquisición”. Ley 23 de 17 de septiembre de 1822, artículo 2.º [L. Pombo 74; Torrecilla 481]). Las condiciones para solicitar tales licencias figuran en el *Índice general de libros prohibidos* (6). Sobre circulación y permisos para leer libros prohibidos, ver, además, Díaz y Medina.

7 Entre 1861 y 1865, Ancízar ejerció como subsecretario de Hacienda (1861), secretario de Relaciones Exteriores (1861), representante ante la Asamblea de Cundinamarca (1862 y 1863), representante por Panamá en la Convención de Rionegro (1863), avaluador de Bienes Nacionales (1864) y representante ante la Asamblea de Cundinamarca (1865) (Loaiza Cano, *Manuel Ancízar* 339-361).



oposición católica a las administraciones instauradas tras la Convención de Rionegro (1863), en medio de discrepancias acrecentadas durante el cuarto gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera (1866-1867). A pesar de las profundas diferencias políticas y religiosas, Ancízar reconoció la autoridad de Groot en una temática de interés mutuo y, con su ofrecimiento, Groot hizo gala de su capital bibliográfico.

Groot como Ancízar vivían al acecho de información sobre la controversia desencadenada en junio de 1863 con motivo de la publicación de *Vie de Jésus* de Renan, obra que lo consagró como uno de los autores más populares de Europa. El 10 de agosto de 1863 el papa Pío IX instó a proteger la religión de los errores y las falsas doctrinas en la bula *Quanto conficiamur moerore* (*Cómo nos agobia la tristeza*), y el 24 de agosto siguiente prohibió la lectura de *Vie de Jésus*. La década de 1860 es prolífica en contestaciones a Renan, en las más diversas latitudes (Priest 109); entre ellas, la de Groot ha sido considerada como una de las más “macizas” (Taboada 176-177). Al intentar clarificar y comprender el entramado de estas polémicas, sería estrecho focalizarse únicamente en el pensamiento —la lógica (*logos*)— de Groot, lo que se torna aún más complejo cuando se considera que había amasado su capital intelectual de manera autodidacta.

La disección de los elementos de la comunicación epistolar entre Ancízar y Groot —un evento a primera vista anodino— revela un complejo entramado de debates intelectuales, políticos y religiosos, y una red de autores, títulos y debates que ocurrían en París, Madrid, México y Bogotá. Acaecimientos como este son moneda común en la historia y han propiciado un sinnúmero de investigaciones que encuentran en el libro, las bibliotecas y los lectores fuentes de valor incomparable para abordar las interacciones sociales del pasado⁸.

8 Las iniciativas son múltiples, algunas de ellas indispensables. *A Companion to the History of the Book*, editada por Simon Eliot y Jonathan Rose, cuya segunda edición se reeditó en 2020, reúne contribuciones de más de sesenta especialistas en distintos periodos y latitudes. Palgrave MacMillan viene publicando desde 2014 *New Directions in Book History*, serie en cuarenta volúmenes (a la fecha) escasamente citados por la historiografía colombiana. Entre las novedades figuran la compilación *Bookshelves in the Age of Covid-19 Pandemic*, editada por Corinna Norrick-Rühl y Shafquat Towheed, y la perspectiva de la circulación intercontinental de libros de Elleke Boehmer, Rouven Kunstmann, Priyasha Mukhopadhyay y Asha Rogers, *The Global Histories of Books. Methods and Practices*. En el ámbito latinoamericano se destaca la colección *Scripta Manent*, de la editorial argentina Ampersand, en veintitrés volúmenes publicados desde 2012, algunos de los cuales son traducciones de aportes franceses de Frédéric Barbier o Martyn Lyons, e italianos de Guglielmo Cavallo o Armando Petrucci.



Reiteradas búsquedas en su archivo personal y en repositorios notariales han resultado infructuosas en el propósito de hallar inventarios de libros de José Manuel Groot. Su causa mortuoria contiene una referencia escueta a “ciento ochenta i tres volúmenes”, sin descripción de autores ni títulos (“Causa mortuoria del señor José Manuel Groot y la señora Petronila Cabrera de Groot”, Bogotá, 24 de junio de 1880. AGN, N3, leg. 561, f. 1150 v.). En estas condiciones, se ignora si Groot levantó alguna vez un inventario de sus libros o si sus descendientes hicieron lo propio con motivo de la muerte de su antepasado. Lo que está fuera de duda es que los libros y la lectura fueron consustanciales en su vida y en su obra. Este rasgo de su personalidad quedó congelado en las fotografías y grabados que de él se conservan, en las que aparece con anteojos puestos y libro en mano (Mejía Macía, láminas XI y XII), exactamente como ocurre con el retrato al óleo que elaboró el pintor mexicano Felipe Santiago Gutiérrez (1824-1904) (figura 1).

La historia de los libros y las bibliotecas tiene una larga trayectoria. Es bien conocido el papel desempeñado por autores europeos desde finales del siglo XIX en la tentativa de construir una historia del libro circunscrita al reconocimiento de autores célebres y la posesión de obras filosóficas como indicio de apropiación de ideas. Desde hace más de cuarenta años Roger Chartier sugiere una mirada crítica de este modo de proceder con los materiales bibliográficos. Chartier destacó la urgencia de volver sobre el libro con la guía analítica de la semántica y la sociología cultural, y con las herramientas de las antiguas disciplinas auxiliares de la historia —la bibliografía, en particular—. Este llamado confluyó con la rama británica de la bibliografía y de la sociología de los textos, liderada por Donald Francis Mackenzie (1931-1999). Producto de esta renovación, la recepción de los textos se estima hoy tan importante y compleja como su creación; ahora el libro aparece como un mensaje en sí mismo y no como simple intermediario entre el autor y el lector. Hoy la historia del libro trasciende la creación y las consideraciones iniciales de los autores, y abarca tanto los medios de producción, comercio y divulgación como la lectura particular y la conservación en bibliotecas (Darnton, “¿Qué es la historia del libro?” 135-156). Seguimos a Chartier cuando considera que la materialidad del libro se ha transformado de modo que la pasión descriptiva del bibliófilo ha mutado en un objeto de indagación científica (Chartier y Roche 119).



FIGURA 1. Felipe Santiago Gutiérrez

José Manuel Groot, 1874

Óleo sobre lienzo

91,3 x 70,3 cm

Biblioteca Rivas Sacconi

Fuente: fotografía de Fernando Paláu Rivas-Sacconi, 2021.



Más allá de las modas historiográficas, la carrera de Groot justifica con creces la elaboración del catálogo de su biblioteca, sobre todo cuando se considera el papel que esta protagonizó en su obra y en su tiempo. En la historia de las bibliotecas, los catálogos son uno de los recursos indispensables para conocer y examinar sus elementos bibliográficos⁹, considerados individualmente, por ramas del conocimiento o como unidad global. Por este motivo, esta investigación se planteó el desafío de diseñar, probar, ajustar y ratificar una metodología para reconstruir —tan rigurosamente como fue dable hacerlo— la colección de José Manuel Groot. Se espera que la metodología formulada sea útil para otras empresas de índole similar. Gracias a los procedimientos madurados progresivamente, ahora sabemos que Groot formó una biblioteca de proporciones considerables y contenido único en el conjunto de las colecciones privadas de su tiempo, como aparece en la tabla 1.

Uno de los objetivos centrales de la presente investigación consiste en indicar cómo se logró la reconstrucción, física y virtual, de la biblioteca del bogotano José Manuel Groot. El proceso incluyó la depuración y la organización del fondo, así como la catalogación de la parte bibliográfica. El criterio según el cual una biblioteca es parte inalienable de la obra intelectual de su propietario atraviesa este estudio. La familiaridad con los libros presidió la vida de Groot y revela al coleccionista, al comprador, al prestamista y al librero, y ofrece matices que —junto a la cultura, la experiencia personal y el momento histórico— condicionaron su recepción de los textos (Certeau 183-185). En este sentido, resulta pertinente recordar que el lector no apropia de modo automático lo que el autor expone, ni los conceptos y reflexiones se trasvasan de un libro a un individuo. Siguiendo a McKenzie (69), se comprende que el texto es una realidad perpetuamente inconclusa, abierta, variable y sujeta a una incesante reinterpretación por parte de cada uno de sus lectores, ejecutantes o espectadores. En nuestro caso —y en el de las bibliotecas personales, en general— la adquisición de un libro no es un gesto trivial, sino que revela la interacción entre los condicionamientos históricos y la voluntad de un lector que toma partido frente a las posibilidades intelectuales de su contexto (Darnton, “Retorno a ¿Qué es la historia del libro?” 157-168).

9 Seguimos a Víctor Infantes cuando señala que, si bien es importante conservar la colección de una biblioteca, es más relevante (para la historia) conservar su inventario, que se entiende como “la memoria escrita de lo que contenía” (163). Esta idea se halla explícita en los trabajos de Manuel José Pedraza Gracia, particularmente en: “Lector, lecturas, bibliotecas...: el inventario como fuente para su investigación histórica”.

TABLA 1. Bibliotecas de letrados colombianos del siglo XIX que conserva la Biblioteca Nacional de Colombia

PROPIETARIO	VOLÚMENES
<i>José Manuel Groot (1800-1878)</i>	75 ^I
Joaquín Acosta (1800-1852)	59 ¹⁰
Anselmo Pineda (1805-1880)	1379
Manuel Ancízar (1812-1882)	107 ¹¹
José María Vergara y Vergara (1831-1872)	441 ¹²
José María Quijano Otero (1832-1883)	599
Ezequiel Uricoechea (1834-1880)	115
Jorge Isaacs (1837-1895)	155
Miguel Antonio Caro (1843-1909)	2365
Rufino José Cuervo (1844-1911)	5731
Nicolás Sáenz (1851-1907)	483

Fuentes: elaboración propia con base en Biblioteca Nacional de Colombia, “Fondos especiales”.

En la biblioteca de Groot puede verse un dispositivo relevante para entender el movimiento intelectual de la segunda mitad del siglo XIX en Colombia. La construcción y el uso de esta colección deben comprenderse como realidades dinámicas que lograron convertirse en fuente y expresión del *poder simbólico*¹³ que amasó su propietario. Este, como otros intelectuales de su tiempo, combinó saber y poder para madurar y defender un

10 Documentos originales en la Biblioteca Nacional de Colombia difieren de la información presentada en la página oficial de la institución. Un inventario manuscrito titulado “He recibido del Señor Vicente Nariño Bibliotecario nacional las obras que el finado jeneral Joaquín Acosta cedió a la Biblioteca” (Bogotá, 10 de abril de 1853. BNC, AH, leg. 001, ff. 98-100) enlista 99 títulos en 187 volúmenes. Del mismo modo, el documento “He recibido del Sor. Vicente Nariño Bibliotecario nacional las obras presentadas por el Señor Manuel Ancízar” (Bogotá, 20 de abril de 1853. BNC, AH, 001, ff. 101-102) enlista 83 títulos en 271 volúmenes. Estos dos casos son elocuentes y llaman a la prudencia y al rigor al momento de estimar las dimensiones de las colecciones donadas a la Biblioteca Nacional.

11 Ver nota anterior.

12 Según el artículo “Obras de la Biblioteca de Vergara i Vergara que se han recibido en la Biblioteca Nacional”, publicado en el volumen 8 de *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* (Bogotá, 15 de diciembre de 1874), la colección de Vergara y Vergara comprendía 800 títulos en 1060 volúmenes. Este caso entra en sintonía con los de Acosta y Ancízar (*supra*, nota 10), y cuestiona la paridad entre las donaciones históricas del siglo XIX y los fondos bibliográficos contemporáneos.

13 Según Pierre Bourdieu, el *poder simbólico* es el “poder de constituir lo dado por la enunciación, de hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo y, por ello, la acción sobre el mundo, por lo tanto el mundo; poder casi mágico que permite obtener el equivalente de lo que es obtenido por la fuerza (física o económica), gracias al efecto específico de movilización, no se ejerce sino si él es *reconocido*, es decir, desconocido como arbitrario” (*Intelectuales, política y poder* 71).





proyecto de nación en medio de álgidas discusiones acerca de cómo debía organizarse la comunidad política neogranadina (Loaiza Cano, *Poder letrado* 17). La biblioteca de Groot está lejos de ser un mero objeto de curiosidad bibliográfica: ahora se revela como un lugar de saber con un sesgo político definido¹⁴ y como una nueva fuente indispensable para aproximarse a la mentalidad de su propietario (Lyons, *Le triomphe du livre* 9-21).

Groot vivió la mayor parte de su vida en un país en el que las academias conocieron una vida precaria —cuando la tuvieron—, lo que generó la atomización de la autoridad intelectual entre la Iglesia, algunos particulares y el Estado (Aguirre y Salvatore 13). En este contexto, el influjo del libro se acrecentó y multiplicó, y su posesión se convirtió en fuente de autoridad. La noción de *lugar de saber* (*lieux de savoir*), formulada por Christian Jacob, resulta fundamental para entender las implicaciones sociales y políticas de los libros como artefactos culturales. Por lugar de saber se entiende un espacio de integración y exclusión de grupos sociales articulados por el acceso, la apropiación, el uso y la circulación del conocimiento¹⁵. Los lugares de saber permiten comprender la movilización del conocimiento, sea como transferencia, traducción, circulación o transmisión, condiciones que lo hacen propenso al mestizaje y a la hibridación. Lejos de adscribirse a una vertiente teórica única, los lugares de saber obtienen preguntas y respuestas a partir de métodos empíricos e interdisciplinarios, y rescatan los avances interpretativos de la microhistoria, entendida como voluntad de ruptura con las generalizaciones precipitadas. Más que enciclopédica —sugiere Jacob—, la investigación sobre los lugares de saber es una empresa experimental en la que la

14 “Las bibliotecas no son agencias apolíticas sino que están mediadas por las concepciones dominantes en cada periodo histórico. Son construcciones que albergan objetos materiales (soportes de escritura) inmersos en constelaciones políticas e ideológicas” (Parada, “Una historia de las bibliotecas” 27).

15 “Se trata de comprender la naturaleza de las relaciones que vinculan un individuo a un grupo, bajo las formas de la pertenencia y de la integración, a veces también de la contestación y de la exclusión. Las comunidades científicas inscriben los saberes en un espacio político: no solo el de las relaciones de poder, del reglamento fundamental y de las jerarquías, sino también, más profundamente, el de una vida y un trabajo colectivos, que fundamenta un cierto modo de circulación de los enunciados y de las ideas, delimitando el campo de lo pensable y de lo decible, confiriendo a cada uno autoridad y legitimación. Los saberes se conciben aquí como un vínculo social que asigna posiciones y tareas, que atribuye funciones y reconoce especialidades, y contribuyen de esta manera a la definición de normas y programas, a la realización de operaciones complejas, tal y como ocurre con la definición en el tiempo y en el espacio, por medio de la enseñanza o de la transmisión. De este modo, los saberes son un objeto simbólico, a un mismo tiempo huella identitaria, signo de reconocimiento, valor de cambio, instrumento de poder y vínculo comunitario” (Jacob, “Faire corps” 20-21).



comparación metodológica y el conocimiento interdisciplinar exploran formas de saber históricamente situadas y culturalmente determinadas (Jacob, “Avant-Propos” 16).

Entre los lugares de saber reconocidos por Jacob, los *lugares de lo escrito* (*lieux de l'écrit*) se destacan como espacios privilegiados para comprender la articulación entre la producción del conocimiento y sus circuitos de difusión (Jacob, “Faire corps” 30). Tales lugares comprenden a su vez el archivo y la biblioteca, colecciones orgánicas indispensables, producto de la labor intelectual de un sujeto o grupo de sujetos. Al acceder a la colección, los elementos son despojados de su naturaleza individual para convertirse en partes de un conjunto que materializa la representación de límites y ambiciones culturales. El principio de la colección establece que su naturaleza no se reduce a la acumulación de los libros que la componen, sino que revela formas diferentes de concebir el saber, sea especializado y local, sea general y universal (Jacob, “Faire corps” 31-32). En la formación de una biblioteca-colección, los procesos de selección y exclusión emanan del compilador y sus determinaciones culturales; por tanto, son una extensión simbólica de su propia existencia (Baudrillard 97-121). De ahí la pertinencia de considerar las colecciones especializadas como parte de la obra intelectual y fuente de la biografía de los propietarios.

Innumerables estudios han mostrado la riqueza de las causas mortuorias como fuentes de la historia del libro y las bibliotecas. Destaca el artículo fundacional de Daniel Mornet, inspirador de Chartier en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* y de Roche en *Le peuple de Paris*. En el escenario hispanoamericano, merecen citarse las obras de Cristina Gómez Álvarez (*Navegar con libros, La circulación de las ideas*) y Manuel Peña Díaz, así como los estudios sobre inventarios de Manuel José Pedraza García (“Los estudios sobre inventarios”, “Lector, lecturas bibliotecas”). En Colombia urge un estudio sistemático de las causas mortuorias. Por otra parte, algunos autores han presentado resultados parciales a partir del uso de inventarios de bibliotecas. En *Los ilustrados de la Nueva Granada*, Renán Silva cita los de José Celestino Mutis (1732-1808), Juan José D’Elhuyar (1754-1796), Jorge Tadeo Lozano (1771-1816), Camilo Torres (1766-1816), Antonio Nariño (1765-1823) y Antonio Caballero y Góngora (1723-1796), entre otros, y sugiere con razón que la precariedad de este tipo de estudios no se explica por la carencia de fuentes (Silva 229). Señala que las bibliotecas de José María del Castillo y Rada (1776-1833) y Manuel García de Tejada (1774-1869)



pueden figurar como *ejemplo aproximado* de las lecturas más comunes a principios del siglo XIX, entre los miembros de la élite cultural, pero que en su contenido recogen la mayor parte de lo que incluyen las múltiples, dispersas y pequeñas bibliotecas, de entre 5 y 20 libros —máximo 30—, que se encuentran en muchos inventarios y testamentos de principios del siglo XIX. (Silva 320)¹⁶

La consulta de algunos inventarios de libros levantados en Bogotá durante la segunda mitad del siglo XIX indica que la construcción de las referencias era desigual. Algunos, en forma de manuscritos de donación¹⁷ o compra¹⁸, son conservados por la Biblioteca Nacional; otros se imprimieron a cargo de importadores y distribuidores de libros¹⁹. Todos contienen información de título, autor, número de volúmenes, y los más completos incluyen tamaño y precio. Entre los de mayor complejidad se cuentan los impresos a cuenta de librerías de la época²⁰. Sin embargo, la identificación usual en procesos de mortuoria o inventarios personales plantea problemas específicos. La mayoría de ellos privilegia el apellido del autor o una(s) palabra(s) indicativa(s) para identificar el título, información quizá suficiente para los lectores de catálogos en la época, aunque no siempre para el historiador actual del libro. Estas particularidades son propias de una sociedad en la que la cultura del libro caracterizó espacios restringidos o especializados, y que se enfrentó a procesos de expansión

16 Sin embargo, la descripción de Silva omite los interesantes inventarios que figuran en la versión original de su disertación doctoral. Esta monografía, presentada como tesis en 1996 ante la Universidad de París I, presenta quince inventarios levantados entre 1748 y 1819 como “algunos ejemplos” de bibliotecas ilustradas. Del conjunto, tres corresponden a inventarios del siglo XVIII (1748, 1765 y 1794) frente a doce del siglo XIX; entre los últimos, nueve se levantaron por orden de la Junta de Secuestros en 1816 y dos en 1819. Inexplicadamente, este anexo fue eliminado de la edición publicada en español (comunicación de José Antonio Amaya. Bogotá, 21 de septiembre de 2019).

17 Véanse *supra*, nota 10.

18 Véanse “Factura de los libros venidos de Europa i que se entregaron al Señor Bibliotecario” (Bogotá, 1846. BNC, AH, 001, ff. 1-25); Gonzalo A. Tavera, [Comunicación del bibliotecario nacional al secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores] (Bogotá, 21 de febrero de 1878. BNC, AH, 004, ff. 297-299); Manuel María Madiedo, “Libros de mi uso que yo, M. M. Madiedo, vendo al Gobierno de la Unión” (Bogotá, junio de 1876. BNC, AH, 371, ff. 123-128).

19 Véase “Lista de la Biblioteca del Señor Manuel María Mosquera que convendría tomar por la Nacional” (Bogotá, ca. 1870. US-AHCRS, MMM, 1, 4, 2, 3, 1).

20 Son ilustrativos los casos de las librerías Colombiana (*Catálogo de la Librería Colombiana*), Americana (*Catálogo de la Librería Americana*), Mogollón y Guzmán (*Catálogo de libros selectos de Rosa y Bouret*) y de Manuel Gómez Calderón (*Catálogo de la Librería i Papelería de Manuel Gómez Calderón*).



y aumento en el mercado de los libros durante el último cuarto del siglo XIX (Lyons, “Los nuevos lectores” 541-544), como consecuencia de innovaciones introducidas por la “segunda revolución del libro” (Barbier, *Historia del libro* 317-341).

La historiografía reciente ratifica que el estudio de las bibliotecas es un campo en crecimiento y que el estudio de las causas mortuorias mantiene vigencia. Llama la atención que la gran mayoría de los trabajos se funde en el descubrimiento de un inventario o catálogo, cuya transcripción suele publicarse a secas, cuando se publica (García; Rodríguez Piña). Otros casos más laboriosos modernizan las entradas de los inventarios²¹, dejando explícita o implícita la documentación que las sustenta (González García) e incluyendo una somera reseña biográfica o institucional, según el caso. Los estudios sobre bibliotecas en Colombia plantean un reto para los historiadores del libro y la lectura, pues la historia de los intelectuales con énfasis en el establecimiento y estudio de bibliotecas necesita consolidarse en el país (Loaiza Cano, “Premisas”). Si bien numerosos trabajos presentan las bibliotecas personales de notables coloniales y republicanos²², la mayoría se han centrado en la descripción o calificación de títulos hallados en inventarios intelectuales, *post mortem*, herencias, mortuorias o donaciones, sin dar cuenta del impacto real de las colecciones. En estas condiciones sigue siendo válido el diagnóstico de Renán Silva.

Los inventarios y catálogos se han convertido en curiosidades documentales que poco y nada aportan a los estudios biográficos, de historia intelectual o de historia de la cultura escrita, por mencionar algunos de los campos concernidos. Las últimas décadas han presenciado la aparición de estudios que descubren inquietudes novedosas sobre los libros, los lectores y las bibliotecas (Loaiza Cano, *Poder letrado*; Guzmán *et al.*; Constaín Croce; López Arévalo; Páez Jaramillo; Córdoba Restrepo; Moreno Bogoya), y dialogan con estudios pioneros sobre la constitución de las bibliotecas públicas, dentro de las cuales la Biblioteca Nacional de Colombia es el caso paradigmático (Hernández de Alba y Carrasquilla Botero). Sin embargo, pocos trabajos han mirado las bibliotecas personales

21 Ver los estudios sobre inventarios compilados por María Luisa López-Vidriero y Pedro M. Cátedra. Adicionalmente: Fernández Gasalla; Parada, “El orden y la memoria”; Moreno Gamboa; García y Montiel; Lovay.

22 Entre ellos sobresalen los casos de Simón Bolívar (Pérez Vila), el arzobispo Fernando Arias de Ugarte (Hampe), Antonio Nariño (Ruiz Martínez, *La librería de Nariño*), Francisco de Paula Santander (López Domínguez, Ladino y Ruiz Martínez) y fray Cristóbal de Torres (Restrepo Zapata, *La biblioteca*).



y sus libros como elementos activos en circuitos letrados históricamente situados, donde las colecciones personales rompen los esquemas de transferencias e influencias y se adentran en la cartografía accidentada del pensamiento de los propietarios. Llama la atención que, desde finales de la década de 1980, la Biblioteca Nacional de Colombia inició la publicación de algunos catálogos de sus colecciones (Biblioteca Nacional de Colombia, *Isaacs y Ancízar*; Biblioteca Nacional de Colombia, *Martín, Escobar, Jaramillo y Sáenz*; Biblioteca Nacional de Colombia, *Vergara y Vergara*) y, aun hoy en día, la descripción de estos fondos ha sido poco y nada sugestiva para los historiadores, pues estas fuentes han dejado intacta la historiografía y las biografías de los propietarios originales. Por este motivo, coincidimos con Santiago Pérez Álvarez (153) cuando señala que el conocimiento de las condiciones materiales y de cómo estas inciden en las actividades de producción, circulación y recepción de los textos aún es limitado en las academias colombianas, en especial ante bibliotecas personales.

Con este telón de fondo, es comprensible que la historiografía no se haya ocupado de la biblioteca de Groot²³. Consciente de los desafíos que representa un campo por conquistar, esta investigación busca renovar el estudio de las bibliotecas en Colombia y proponer un enfoque metodológico. No se trata únicamente de la laboriosa traducción al lenguaje contemporáneo de algún catálogo/inventario de libros —tarea por lo demás imposible dada la ausencia (¿inexistencia?) de un catálogo o inventario realizado en vida de Groot o con motivo de su muerte, por no hablar de la mezcla de la biblioteca original con una colección familiar, intergeneracional y parcialmente inventariada—, sino de sumergirse en la vida y en la producción de un intelectual para identificar las lecturas y los libros que lo acompañaron.

En su obra *Los libros del Gran Dictador*, Timothy Ryback reconstruyó la biblioteca personal de Hitler a partir de indicios, a falta de un catálogo o inventario previo (23, 156, 311, 312 y 315). El autor recuperó y asoció creativamente una abrumadora cantidad de información contenida en memorias, notas marginales, exlibris, *ex dono*, referencias, citas

23 La semblanza autobiográfica comunicada por Groot a Miguel Antonio Caro (1843-1909) en 1873 y destinada a la introducción de sus *Obras escogidas* perdura como el referente de sus lecturas juveniles. Gabriel Giraldo Jaramillo (1916-1978) sigue de cerca este texto y menciona algunos títulos que observó en la colección de José Manuel Rivas Sacconi (1917-1991) —bisnieto de Groot— en la década de 1950. A Sergio Mejía Macía le cabe el mérito de haber construido el primer acercamiento a la biblioteca personal de Groot, en el que cita rigurosamente algunos tomos que la componen (Mejía Macía 65, nota al pie).



y comentarios consignados en correspondencias y en documentos personales y oficiales de la más diversa índole. De este modo construyó la colección y la articuló con la vida de Hitler. Reconoció los títulos más representativos de su biblioteca, no precisamente por su valor bibliográfico o económico, sino por el impacto que tuvieron en su vida y obra política. La lectura del trabajo de Ryback —que se produjo cuando ya estaba concluido el levantamiento del catálogo de la biblioteca de Groot— reafirmó la determinación metodológica que lo preside y debería inspirar o enriquecer investigaciones desprovistas (y provistas) de inventarios *pre* o *post mortem*. Una de las lecciones que deja la lectura de Ryback es que la pérdida o inexistencia de este tipo de documentos no debería verse como una barrera infranqueable, sino más bien como una oportunidad. En el contexto académico nacional, la metodología propuesta por José Antonio Amaya para el análisis de la biblioteca de José Celestino Mutis (1732-1808) trazó una hoja de ruta para hacer el inventario de un fondo bibliográfico de naturaleza histórica, en diálogo con los criterios de la bibliotecología internacional (Amaya).

Tradicionalmente, las investigaciones sobre la historia de las bibliotecas han utilizado indistintamente —casi que sinonímicamente— las categorías *biblioteca privada* y *biblioteca personal*. Lejos de establecer una distinción definitiva, a continuación se propone una diferenciación operativa destinada a contribuir a la claridad de este estudio. En primer lugar, la categoría biblioteca privada, de gran arraigo en el mundo francoparlante (*bibliothèque privée*) y anglosajón (*private library*), se ha utilizado para diferenciar las colecciones creadas por agentes privados de aquellas gestionadas por entidades públicas o estatales²⁴. Esta comprende colecciones personales, universitarias y asociativas, algunas constituidas por agregados bibliográficos compilados por más de una generación. La categoría biblioteca privada remite a espacios privados y a colecciones físicas instaladas en lugares de acceso restringido. Lo privado incorpora en este caso y en amplia medida bibliotecas familiares, institucionales o de colectividades (Mornet; Overmier; Thompson; Holzenberg). La gestión de estos acervos puede exigir el desempeño de un bibliotecario encargado de su

24 Aunque Frédéric Barbier considera que en la historia de las bibliotecas “la distinción entre lo ‘privado’ y lo ‘público’ es, desde hace mucho tiempo, inoperante, e incluso [...] remite a una forma de anacronismo” (*Historia de las bibliotecas* 33), la presente investigación no desecha por completo tal distinción para el caso colombiano, reconociendo eso sí que los límites entre una y otra esfera de la interacción social son permeables y cambiantes.



administración y aprovisionamiento, actividades que generan a su vez la elaboración de catálogos y los registros de adquisiciones y préstamos²⁵.

En segundo lugar, la categoría de biblioteca personal —de mayor arraigo en investigaciones italo hablantes (*biblioteca personale*) (Dian *et al.* 38; Barbieri y Zardin), aunque no desconocida en el idioma inglés (*personal library*) o francés (*bibliothèque personnelle*)— remite a colecciones producidas por individuos para su uso privativo. En este caso es importante el contraste entre lo individual y lo asociativo. Se distingue de la biblioteca privada porque deja de lado el aspecto institucional de una colección, aunque no la dimensión familiar. La pregunta por los recursos que hacen posible la formación de una colección remite a los bienes del propietario y sitúa su biblioteca como parte o representación de su patrimonio. Es posible la existencia tanto de *bibliotecas personales privadas* como de *bibliotecas personales públicas*²⁶. Como pertenecientes a espacios personales, estas bibliotecas se ubican de manera precisa y dinámica en el ámbito de las ciudades o de las regiones, asociadas orgánicamente con la formación del propietario, con su gustos, práctica religiosa, pertenencia ideológica, carrera profesional y círculos de sociabilidad que frecuenta y lo frecuentan.

La identificación de las bibliotecas privadas y de las personales suele estar favorecida por la consulta de inventarios y catálogos, instrumentos contruidos por motivos intelectuales o prácticos, asociados estos últimos con testamentos, avalúos y sucesiones. Sin embargo, una excesiva dependencia y expectativa en el rendimiento epistemológico de los

25 Tal es el caso de la célebre biblioteca del explorador británico Joseph Banks (1743-1820), organizada, catalogada y gestionada por el botánico y bibliotecario sueco Jonas Dryander (1748-1810). El catálogo de Dryander se convirtió en ejemplo para los gestores de la colección del Museo Británico, tanto en los criterios para adquisición de obras como en la construcción de sus propios catálogos (Chambers 95).

26 Un caso elocuente en este sentido es el de José Celestino Mutis (1732-1808), fundador de la Cátedra de Medicina en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario. Mutis tenía una biblioteca de medicina de 817 títulos, entre una biblioteca de un total de 3 833 títulos, cuya importancia local está fuera de duda. Cuando se mira el catálogo de su biblioteca en contraste con el del Colegio —que tan solo tenía 18 títulos de Medicina—, está claro que la Cátedra pudo funcionar gracias a la biblioteca personal de su fundador. Restan muchos aspectos por estudiar en este sentido, pero es probable que el Colegio ni siquiera tuviera los libros fundamentales para la enseñanza de la medicina (Amaya 94). Así mismo, se sabe positivamente que, en el caso de Joseph Banks (1742-1820), su biblioteca personal estaba estrechamente ligada a las investigaciones del British Museum, no solo por los intercambios entre ambas colecciones y su unión final hacia 1827, sino porque los investigadores consultaban la colección privada debido a que, no en pocas ocasiones, la biblioteca privada de Banks resguardaba títulos de historia natural que no se hallaban en los repositorios públicos (Chambers 95).



inventarios puede convertirse en un obstáculo analítico que opera en realidad como una prisión imaginaria. Aquí las consideraciones son múltiples, ya porque existen documentos que contienen “referencias tanto a obras prestadas por el testador como por otras que no pertenecieron a su librería” (Parada, “Tipología de las bibliotecas” 78-79), ya porque “durante la vida de un individuo, este sobrevive a muchos libros que pasan por sus manos y que, además, no siempre son de su propiedad” (Pedraza García, “Lector, lecturas, bibliotecas” 147). Víctor Infantes precisó agudamente que

en los inventarios [...] ha quedado lo que se poseía en el momento de realizarlos; [...] pero no necesariamente lo que se leía o se leyó [...] Parece evidente pensar que lo que no está es lo que tal vez sí se leyó, pero no se ha conservado [...] Según la mayoría de los autores de obras, los libros están escritos para ser leídos, aunque no necesariamente tienen que ser comprados. (183)

Con estos matices, la carencia del inventario de la biblioteca de Groot se perfila no precisamente como un obstáculo, sino como una oportunidad para emplear una nueva categoría (tal vez más comprensiva) de la relación entre libros y lector, y para formular una nueva metodología que libere de la dependencia de los inventarios y nos sumerja en la dinámica de la vida intelectual. Disponer de un asiento en un inventario *post mortem* es útil ciertamente; sin embargo, recuperar una referencia en la obra propia o ajena de un letrado puede ser y es con frecuencia más esclarecedor para documentar la relación múltiple y polifacética de un lector con una obra. Es fácil deducir que lo óptimo es combinar la información de los inventarios con la producción de los intelectuales en diversas épocas.

La presente investigación acuña la categoría *biblioteca intelectual*, que amplía las perspectivas de biblioteca personal y de biblioteca privada, toda vez que comprende los títulos leídos efectivamente por una persona, con indiferencia de su posesión. La categoría propone y confirma que las listas y los inventarios son *un* tipo de fuentes entre una pluralidad de registros que documentan la relación entre lector y libro. Esto adquiere mayor significación en el caso de los intelectuales, en tanto ellos mismos son productores, reproductores y difusores de bienes simbólicos (Bourdieu, *El sentido social del gusto* 89-90). Entre los aportes que facilitaron la construcción de esta categoría destaca la noción de biblioteca privada forjada por Isabelle Olivero, quien la define como el conjunto de



libros *leídos*, aunque no necesariamente de *propiedad*²⁷. Si bien Olivero relaciona su definición con la biblioteca privada (*bibliothèque privée*), esta forma de ver las colecciones trasciende los límites del inventario, instrumento que ha condicionado persistentemente las categorías de biblioteca privada y biblioteca personal.

La biblioteca intelectual puede establecerse cuando se profundiza en la vida y obra de su propietario. Ella recoge las referencias, usos y reproducciones parciales o totales de los materiales bibliográficos efectivamente leídos. Aquí las prácticas de préstamo, canje, venta o adquisición aparecen como formas de apropiación de contenidos intelectuales, sin que ello implique que los títulos efectivamente leídos hayan estado reunidos simultáneamente en un espacio físico circunscrito en la domesticidad. La biblioteca intelectual resulta indispensable para entender el tipo de catálogo y de aproximación que esta investigación logró levantar y construir.

Tras una paciente labor de recuperación, selección y combinación de información de diversa procedencia, se logró generar una nueva fuente primaria producida en el taller del historiador, por decirlo así. Puede asegurarse que la mayoría de los ejemplares originales y de las referencias recuperadas conforman un conjunto de libros real y efectivamente leídos por Groot. Casos como este invitan a evaluar la limitación que conlleva la noción de biblioteca personal asociada a la propiedad de los libros consignados en un catálogo o inventario. El conocimiento y lectura de una obra implica un tipo de apropiación que es indispensable incluir a la hora de atribuir e inventariar la biblioteca de alguien. Los casos de Francisco Antonio Zea (1766-1822) y Francisco José de Caldas (1768-1816) son paradigmáticos en este sentido. El primero carecía probablemente de una biblioteca de historia natural de índole personal; sin embargo, pudo comenzar su formación en botánica gracias a los libros prestados por José Celestino Mutis (1732-1808) (Amaya y Rendón Acosta), director de la Expedición Botánica de Nueva Granada; el segundo adquirió una biblioteca personal después de 1812, y su formación autodidacta no puede entenderse sin las obras que consultó y prestó en bibliotecas públicas,

27 “Il est également difficile de reconstituer la bibliothèque privée — entendue au sens large : les livres lus mais pas forcément possédés — de chaque catégorie de lecteurs au XIX^e siècle tant les témoignages sont peu nombreux dans les catégories nouvellement alphabétisées” (Olivero 11-12). [Es igualmente difícil reconstituir la biblioteca privada —entendida en su sentido amplio: los libros leídos pero no necesariamente poseídos— de cada categoría de lectores en el siglo XIX, pues los testimonios son poco numerosos entre las categorías de los nuevos alfabetizados].



universitarias y privadas de Popayán y Santafé, desde sus años de colegial (Amaya y Suárez Lozano; Museo Nacional de Colombia, *Ojos en el cielo*).

La existencia de una colección en físico y su reflejo en catálogos contribuyen al ahorro de trabajo en los estudios sobre bibliotecas y libros; aparentemente, porque son múltiples las circunstancias y los entramados que ayudan a problematizar su naturaleza y posibilidades epistemológicas. Sin embargo, son numerosas las obras que un lector conoce, lee e incluso posee en un momento dado, y que quedan fuera de su colección, simplemente porque nunca hicieron parte de ella o porque ejemplares de propiedad se han extraviado. La lectura interviene aquí de manera protagónica para establecer una apropiación e interpretación de materiales bibliográficos y no únicamente su posesión material. El prisma de la lectura permite, además, construir constelaciones bibliográficas, conjuntos de libros que acompañaron e impactaron a los lectores en diferentes momentos de sus vidas, y nos hablan del uso, la apropiación y la interpretación de que fueron objeto; o, por el contrario, del desconocimiento, rechazo y olvido de títulos y autores en contextos históricos específicos.

Biblioteca intelectual y lugares de saber permiten combinar susstratos teóricos y metodológicos para proponer y fundamentar la noción de *catálogo de índole intelectual*. La noción se extrapola de la de *tabla de clasificación de tipo intelectual*, usual en la disciplina archivística, y alude a una construcción del historiador, del científico de la información o del científico social, en la que con las pautas de la bibliografía se organiza información pertinente diseminada en diversas fuentes tales como exlibris, marcas de lectura estampadas en los ejemplares, referencias y citas incluidas en epistolarios y bibliografías personales. Definido así, el catálogo intelectual provee una plataforma para centralizar y administrar con plantillas definidas información que ha venido siendo desechada por su presunta condición residual. La colección de referencias expresadas según prácticas de la época²⁸, con diverso grado de prolijidad,

28 Un análisis de la obra publicada de Groot revela sus prácticas de referenciación. Algunas referencias suyas son bastante explícitas y presentan los elementos necesarios para la identificación actual de un título —“El protestantismo comparado con el catolicismo. Tomo 2° página 136 i 137 de la edición de Barcelona año de 1842” (Groot, “Una polémica atrasada” 354) (Catálogo de la biblioteca de José Manuel Groot [en adelante CBJMG] 10)—. A veces cita el nombre del autor y el título de la obra —“(Cronología sacra por el padre Camargo)” (Groot, “El defensor de Vijil desconoce la historia” 547) [*La Iglesia militante; cronología sacra y epitome* (CBJMG 35)]—, y en numerosas ocasiones omite uno de los dos, ya sea el título —“(Joly tom. 3.° edic. Española)” (Groot, *Refutación de algunos errores* 212) [*Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesús* (Crétineau-Joly) (CBJMG 59)]— o el autor —“Dic de



abre la posibilidad de la modernización y de la localización de un título de una manera clara y distinta para ojos del siglo XXI. Gracias a una paciente y reiterada labor de esta naturaleza se logró elaborar el catálogo de la biblioteca de Groot, en concierto con las herramientas de la codicología (indispensables para moverse con inteligencia entre las múltiples declinaciones de las marcas y notas de lectura manuscritas), la archivística (fundamental para entender la formación de un fondo documental) y la bibliotecología (ineludible en la construcción de un catálogo que responda al lenguaje y los parámetros internacionales de clasificación bibliográfica).

Es necesario precisar que las categorías biblioteca intelectual y catálogo de índole intelectual son diferentes, aunque están estrechamente relacionadas. La primera da cuenta de los libros apropiados por la lectura, indistintamente de la propiedad; la segunda es un dispositivo elaborado por el historiador para trascender la inexistencia de catálogos o inventarios de bibliotecas personales o privadas.

La obsesión por encontrar catálogos exhaustivos de bibliotecas *pre* o *post mortem* puede ocultar una resistencia inconsciente a apreciar las posibilidades que ofrecen las fuentes de la historia intelectual. La noción de *crear* una fuente primaria de naturaleza intelectual —o de laboratorio, si se quiere— cobra aquí toda su pertinencia. Myriam A. Drake, en su trabajo sobre ciencias de la información, no contempla esta categoría ni nada que abra la posibilidad de catálogos de bibliotecas elaborados con base en los indicios citados (Hanson y Daily). La categoría de *catalogación analítica* presentada por José López Yepes, y entendida como “el proceso de crear un registro bibliográfico que describe una o diversas partes de un documento del cual se ha hecho un registro global” (268-269), es útil para considerar la biblioteca personal como una unidad y las entradas como elementos del conjunto, pero resulta insuficiente cuando se trata de reconstruir el contenido de una biblioteca sin contar con inventarios o catálogos de época.

Teolog.- 2ª versión” (Groot, “El doctor Pedro Antonio Vezga y El Catolicismo” 275) [*Diccionario de teología* (Bergier) (CBJMG 17)]—. Algunas referencias traducen el título de la obra —“Leemos en la historia de la Iglesia, escrita por el Barón de Henrion [...]” (Groot, *Réplica al ministro presbiteriano* 78) [*Histoire générale de l'Église* (Henrion) (CBJMG 129)]—, a la usanza de inventarios santaferreños del siglo XVIII; o lo cita de memoria —“El doctor Pedro Ordóñez Ceballos escribió su obra de la *Vuelta al mundo, en España*” (*Historia eclesiástica y civil* 1: 126) [*Historia y viaje del mundo del clérigo agradecido* (Ordóñez) (CBJMG 224)]. Pocas veces un título utilizado en más de una publicación conservó un modo único de referencia. Para consultar el catálogo de la biblioteca de José Manuel Groot, diríjase a la segunda parte de esta investigación.



En aras de conjurar la parcialidad de los inventarios al momento de construir un catálogo intelectual, los documentos de archivo de los propietarios son fundamentales. La importancia de los archivos personales y la necesidad de hacerlos accesibles a los historiadores para evitar su dispersión, destrucción o exportación fue señalada por Robert-Henri Bautier (1922-2010). A pesar de esto, desde los años 1990 —más de treinta años después de llamado de Bautier—, y aún hoy en día, la necesidad de regresar al archivo sigue siendo un problema prioritario de los historiadores, en especial tras el renovado interés de la historiografía por los textos y los discursos, como bien lo señala Roger Chartier (“Introduction” 4). La reflexión desarrollada por Arlette Farge subraya la relevancia de los archivos para acercarse a la intimidad de hombres y mujeres del pasado. Por esto, la historia del libro y la de la lectura encuentran en los archivos personales y privados fuentes innovadoras de la reflexión sobre tópicos recurrentes de la historiografía. Tal es el caso de Robert Darnton, quien apunta que “escarbar en la historia intelectual requiere nuevos métodos y nuevos materiales, desenterrar archivos antes que detenerse en tratados filosóficos” (*Edición y subversión* 15).

Aprovechando la información que brindan los archivos personales, la creación de un catálogo intelectual debe trascender sus límites e instaurar progresivamente el artefacto en un contexto histórico, operación que posibilita ponderar su valor específico. Por sí misma, la bibliografía de Groot es un lugar de saber. Cada una de sus referencias se revela como un conjunto de campos de gran significación cultural, pues indican la elección del editor, el lugar en la materialidad de la edición, un momento de una carrera intelectual y de la historia intelectual de una localidad, entre otras variables. Por ejemplo, se observa que algunos libros que Groot conocía desde mediados del siglo XIX ingresaron a la Biblioteca Nacional de Colombia hasta las primeras décadas del siglo XX²⁹ o simplemente nunca ingresaron³⁰, lo que sugiere el poder que le confería la posesión del libro al autor. De este modo, se percibe cómo una biblioteca personal adquiere un poder simbólico efectivo, fundamentado en la exclusividad

29 Entre ellos se pueden contar *De l'autorité des deux puissances* (Pey) (CBJMG 231), perteneciente a la colección de Miguel Antonio Caro, donada por sus descendientes en 1939; o *Le monopole universitaire destructeur de la religion et des lois* (Deschamps) (CBJMG 64) que ingresó a la biblioteca en 1976, junto con la donación de Germán Arciniegas.

30 Se pueden mencionar, *Les trois Rome. Journal d'un voyage en Italie* (Gaume) (CBJMG 98); la *Histoire générale de l'Église* (Henrion) (CBJMG 129) o el *Tratado elemental de física* (Despretz) (CBJMG 65).



de su colección. Esta particularidad invita a reconsiderar la importancia estratégica de las bibliotecas personales en las discusiones políticas sostenidas en la esfera de lo público.

Esta investigación presenta el catálogo de la biblioteca de José Manuel Groot (CBJMG). Este instrumento fue realizado con los fondos de la Beca de Investigación del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) para Jóvenes Investigadores – 2019 y puede ser consultado en la página de la Biblioteca Virtual Colombiana. Gracias a los biógrafos que han estudiado la vida y la obra de Groot, así como a la labor de salvaguardia de sus descendientes en la protección de libros y papeles que un día fueron de su propiedad, hoy es posible acceder a la composición de la biblioteca de uno de los intelectuales colombianos más importantes de su siglo. El levantamiento no estuvo desprovisto de peripecias y pérdidas irreparables que únicamente pueden ser imputadas al tiempo que nos separa del objeto de estudio. El análisis que figura a continuación presenta todas las limitaciones que conlleva la reconstrucción de un objeto a partir de fragmentos. Para contribuir a su comprensión se realizó este texto introductorio que lo instala en un trasfondo historiográfico cuyas autoridades se citan sistemáticamente.

Es probable que casos como el de la biblioteca de Groot —*i. e.* una colección acumulada desprovista de inventario— sean frecuentes en el escenario latinoamericano. La pertinencia de forjar las nociones de biblioteca intelectual y de catálogo de índole intelectual también responde al llamado de Parada, que invita a escribir la historia de la lectura (y, por extensión, la del libro y la de las bibliotecas) desde “lo que fue y es la ‘realidad impresa latinoamericana’” (27). Con seguridad, la metodología que se presenta será útil para elaborar catálogos de bibliotecas de otros intelectuales que no dejaron registro de sus colecciones, lo que también es pertinente —y mucho— en los casos en que el asunto se combina con inventarios del más diverso tipo.

El estudio comprende dos partes. La primera inicia con la biblioteca intelectual. Se ofrece una síntesis cronológica de la vida de José Manuel Groot, reconstruida analíticamente a partir del contenido de su biblioteca. Cada una de las facetas de la biografía de Groot se documenta con una sección de su colección. Al final, emerge la biblioteca del intransigente católico que se perfila como una batería bibliográfica que Groot desplegó en sus múltiples y agudas confrontaciones con el liberalismo durante el siglo XIX. La segunda parte presenta el catálogo de índole intelectual. Para enriquecer la categoría, se introducen pormenorizadamente las fuentes y los procedimientos movilizados en la construcción del dispositivo.

Esta herramienta permite hacer un breve recorrido por la historia de la Biblioteca Rivas Sacconi, fondo de fondos que tiene una historia y unos rasgos que la presente investigación contribuye a desentrañar. Así mismo, el dispositivo permite asomarse al panorama local, visto a la luz de los libros e impresos de Groot. El catálogo, organizado alfabéticamente por autores, va acompañado de cuatro índices, a saber: alfabético por títulos, temático, cronológico por fecha de impresión y topográfico por lugar de impresión. Adicionalmente se presentan tres anexos documentales.

